



LAS AGUAS ESMALTADAS

MANUEL DÍAZ LUIS

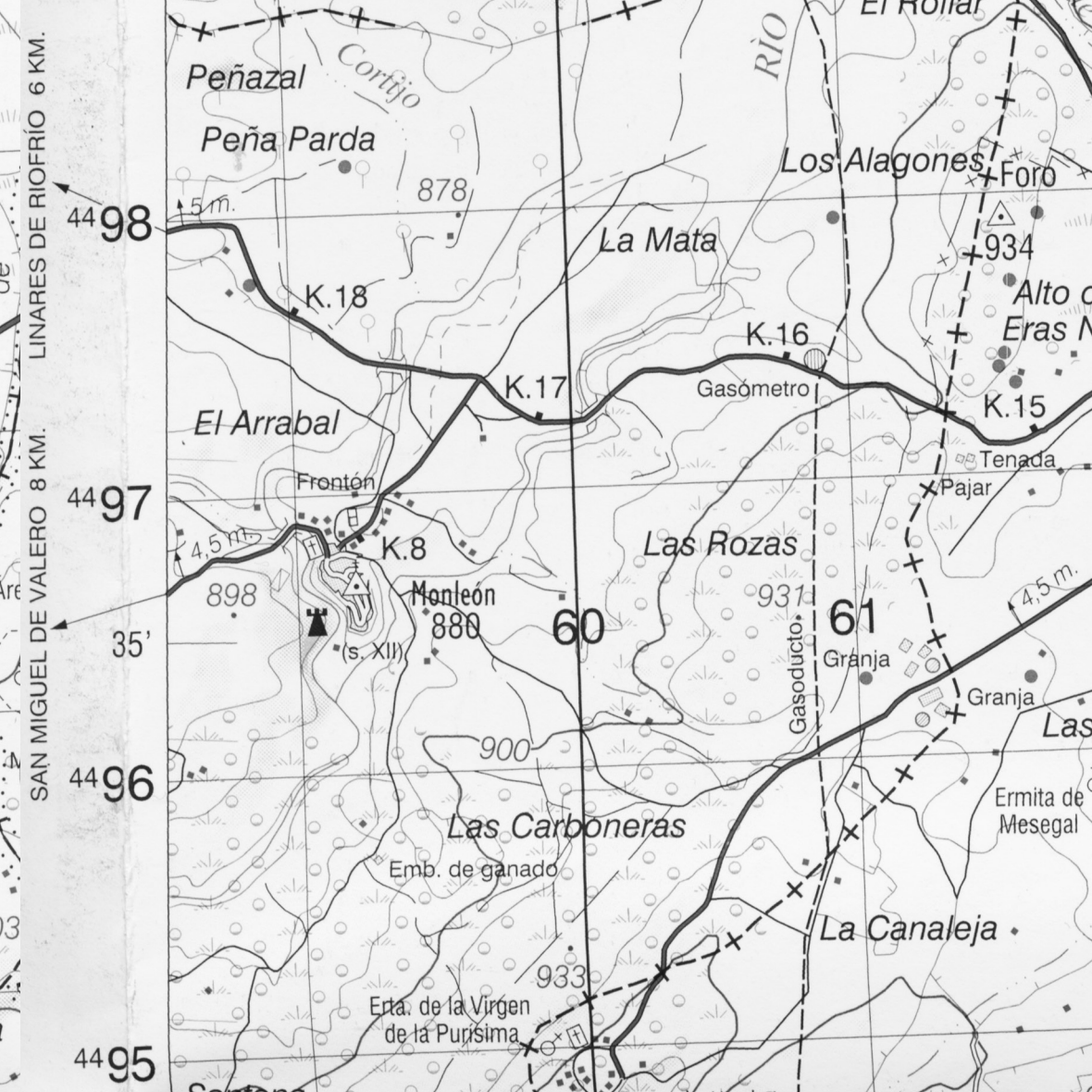
EDITORIAL



DELIRIO

í
Narrativa





LAS AGUAS ESMALTADAS

Primera edición en la Editorial Delirio: mayo de 2015

LAS AGUAS ESMALTADAS

Colección de Narrativa Iría, 5

© 1990, Manuel Díaz Luis

© 2015, EDITORIAL DELIRIO S.L.U.

www.delirio.es / info@delirio.es

Edición y diseño: Fabio de la Flor

Impreso en España.

Printed in Spain.

ISBN: 978-84-15739-12-8

Depósito Legal: S.177-2015

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión o digital, en forma idéntica, extractada o modificada, en castellano o en cualquier otro idioma, sin la autorización expresa de la editorial.

LAS AGUAS ESMALTADAS

MANUEL DÍAZ LUIS

EDITORIAL



DELIRIO

Colección de Narrativa Iría, 5

*A mi padre.
Y a mi sobrino y ahijado Pablo:
el amador de los animales.*

El año de las lluvias andaríamos por los doce o los catorce.

El año de las lluvias nos empezó a venir y dejamos la escuela.

El año de las lluvias todo cambió de golpe, como si nada de lo de antes hubiese existido.

El año de las lluvias nos hicimos hombres de la noche a la mañana mientras llovían calamidades sobre el mundo, y el mundo, para nosotros, apenas si abarcaba un poco más allá de San Andrés de la Sierra.

Yo le digo de entonces...

De cuando era monaguillo, a poco de la guerra. Aquí dicen que no hubo; es natural. Los muertos de la guerra sólo crían veneno y malos sentimientos, y un muerto trae a otro muerto y a otro y a otro, y nunca se acaban las rencillas y las pendencias. Eso es lo que traen las guerras, venganzas y malos sentimientos, nada más que eso. Pero aquí guerra no hubo; es natural.

Nosotros venimos a serle de San Andrés de la Sierra, del sur de Salamanca, de la parte que dicen Sierra de Francia, entre San Domingo y San Muriel, en la ladera misma del monte de la Quilama.

Los pueblos de esta parte llevan casi todos el nombre de algún santo, ni Dios sabe por qué, pero así es.

Del otro lado del monte quedan: San Miguel, San Esteban, San Cristóbal, San Martín, San Vicente, San Antolín, y aun puede que se me pase alguno.

San Andrés ronda las cuarenta casas, unas mejores, otras peores, pero todas limpias y bien encaladas, a la sombra de la iglesia, que está encima mismo de un ribazo, vigilándolo todo como un guarda forestal.

Las casas todas agachadas en la vaguada, al pie de la ladera.

En los canchales hay algo de vid, no mucha; lo que mejor se da es la fresa. La cereza y la guinda tampoco es que se den mal, pero no rinden tanto y se les saca menos que al fresón.

Por la temporada, la gente engancha el mulo y sale a vender la fruta por los pueblos del llano, hacia el norte, tirando a Salamanca. La fruta de la Sierra tiene fama por el contorno y, mal que bien, se va vendiendo. En el llano hay más necesidad, es tierra pedregosa y desagradecida y hay gente que lo pasa mal. Aquí, a poder que se pueda, vamos saliendo adelante, aunque lujo y comodidad no haya, gracias a Dios, calamidad tampoco.

Guerra no hubo. Al que le tocó por quinta no le quedó más remedio, pero los demás no la conocieron. Es natural. En San Andrés de la Sierra la gente está muy unida y nunca se dieron enemistades. Riñas sí, en todo pueblo que se precie siempre las hay, pero nunca llegan a mayores. Por San Andrés, al empezar la guerra, pasaron varios coches llenos de hombres, que preguntaban si había rojos en el pueblo, para llevárselos; pero aquí no se entendía de eso, aquí sólo se entiende de trabajo, así se les dijo, y ellos se fueron con la música a otra parte.

En el llano sí, en el llano debió de haber lo suyo, pero aquí no pasó nada, no se entendía de odios ni rencores, sólo de trabajo, de eso era de lo único que se sabía en San Andrés.

El alcalde puede decirse que siempre ha sido el mismo. Ahora es el señor Ignacio, el de la tienda de ultramarinos, que dicen que si es medio comunista, pero no porque sepa de política, no, no es por eso, es porque casi no pisa por la iglesia, sólo de tarde en tarde y de mala gana. El de antes era su padre, el señor Onogre, y el de antes de su padre era su abuelo, el señor Eliseo, y el de antes su bisabuelo Saturnino, y el de antes..., ya nadie se acuerda. Se conoce que es tradición y como todo el mundo lo tiene a bien, si Dios quiere y el destino no se quiebra, el que está llamado a sustituirle es su hijo Serafin, que no ha querido hacer carrera por más que su padre ande

a vueltas con él para llevarlo a Salamanca. El Sera dice que a él que no lo saquen de aquí. Y puede que no le falte razón. ¡Él sabrá!

—¡Cuántos quisieran, coño, tener los medios que a ti te dan!

—¡Déjeme usté, padre, que yo bien sé lo que me hago!

—¡Allá tú; luego no digas que no pusimos de nuestra parte!

El cura se llama don Ursicinio, y sólo viene los domingos y cuando hay necesidad. Don Ursicinio es el cura de Santo Domingo de la Sierra, pero como aquí no tenemos desde que don Jesús se fue, él es el que viene a echarnos una mano.

Don Ursicinio no hace vida en San Andrés, no se halla; se conoce que está hecho a Santo Domingo y no quiere cuentas con nadie. Como él hace su vida y deja en paz a la gente, en el pueblo están conformes con él, no siendo la señora Encarna, la Padrenuestro, que nada es de su parecer, siendo, como ella es, persona pía, rigurosa y exigente con la Ley de Dios y todo lo tocante a ello.

El de antes era don Jesús, que paró poco; y el de antes don Estanislao, y todos dicen de él que fue un gran santo.

De ganado, algo hay: unas cuantas cabezas de vacuno, algo de caballar, y cabras, sobre todo cabras, es lo que más abunda. Y corderos. El Celes, el tamborilero, tiene un hato que ni siquiera él sabe a cuántos llegan en número:

—¡Bios, hijo; pues ni por no pararse a contarlos! ¡Ah por culo!

Puede que lo cuente como si fuera ahora. Yo lo hablo así por mejor entenderme, y es porque parece que lo estoy viendo. Pero yo le digo de entonces..., de cuando era monaguillo, hasta el año de las lluvias, a poco de la guerra.

Al tío Alfredín, que le decían de mote el Puspús, porque era su coletilla, todavía se le empalmaba la cuerda. El tío Alfredín, el Puspús, pasaba ya de los ochenta y se empalmaba con la facilidad de un mozo. Se le ponía tan tiesa y tan dura que, de no vérsela, no era cosa de creer. Noches hubo, de las pocas que bajaba a San Andrés, de dejársela palpar en el bar de Ezequiel de todo incrédulo que lo desease y se atreviese, e incluso llegó a sacársela en más de una ocasión para que no hubiese dudas y todos pudieran comprobar el prodigio de buena fe y con sus propios ojos.

—¡Aquí lo pone, que la vista no engaña! ¿Pus luego?

De ahí debía de manarle la vitalidad y la entereza de ánimo y los riñones que le echaba a los cólicos y al demonio de la muerte.

Al tío Alfredín, el Puspús, la primera mujer se le fue moza, porque, según él, no le tenía aguante. A la segunda, la Flora, con la que tuvo al Gorgonio, que era serrana de pura cepa, una yeguarona de mucha carne y prestancia, la dejó tísica y derrengada de los desasosiegos y las sobas que le daba, y aunque la señora Arageme, la curandera, le mandó cocciones de gordolobo, no hubo manera de sacarla adelante, porque el tío Alfredín, el Puspús, no era hombre que se diese a recatos y penitencias, y acabó por matarla, no se sabe muy bien si de gusto, o de fatiga.

La última, la Brígida, fue la que más le duró. La Brígida se le murió de vieja porque le salió temerosa de Dios y nunca se lo daba. El tío Alfredín andaba siempre con el ansia y no sabía cómo pedírselo ni qué hacer para que la Brígida saliera de sus remilgos y letanías, y en esa mortificación

estuvo, hasta que la necesidad le hizo entrar en razón y le avivó el entendimiento y, al cabo, el tío Alfredín, el Puspús, vino a dar en la afición de gallear a las pollas.

Al principio se le escapaban y le hacían sudar la gota gorda, porque él no se daba buena maña y las gallinas estaban muy enteras. Pero en pocas semanas las había tanteado a todas, y tan parco era el reposo que les daba, que se las veía vagar por los alrededores de la casacueva, somnolientas y amohinadas, dando tumbos, como transidas.

Los trabajos y los años habrían de llevarse a la Brígida y a las gallinas más viejas; mas, el tío Alfredín, el Puspús, aunque la muerte no le devolviese al ama, las pollitas nuevas, por contra, nunca le faltaron de la casacueva.